

## “ LOLO ”

( CUENTO )

*A la señorita Begoña Arruza.*

## I

Lolo no sabía por qué estaba allí. En realidad no le había importado lo más mínimo los primeros días, pero al fin llegó a aburrirse. Tenía ocho años y una silueta desgachada, nerviosa y enfermita. A él le gustaba jugar con los chicos en la calle, persiguiendo a los gatos y aporreando botes de tomate, pero sus nuevos amiguitos parecían muy serios, no reían nunca y hacían cuanto se les mandaba.

—Niños —sonaba una voz—, a la terraza...

Y todos los niños cogían la manta de la cama y se iban a la terraza, tumbándose al sol. A Lolo le resultaba antipática la voz de aquella enfermera. Además, era una mujer muy alta, seca y agría.

En cambio, la mamá de Lolo tenía una voz muy dulce y unas manos pequeñitas, con dedos que parecían de manteca.

Lolo recordaba confusamente el día en que fué al sanatorio con su mamá. Habían subido una cuesta inmensa, y a mitad de camino su mamá le había cogido en brazos. Después, arriba —casi en el cielo—, había visto mucha gente asomada a unos balcones muy largos. Alguien le había dicho que allí se anidaba la lepra de las cumbres, pero Lolo no lo había comprendido.

Su mamá había llorado y le había besado muy fuerte, muy fuerte, diciéndole cosas que Lolo apenas recordaba. Después, una sala con muchos niños, un pasillo con baldosas, una mujer con una bata blanca... Lolo no recordaba nada más, pero tenía la sensación vaga de que había llorado mucho y los niños habían rodeado su cama, observándole y hablando de él mientras dormía.

Lolo sólo veía a su mamá cada quince días, los domingos por la tarde, cuando venía mucha gente al sanatorio. Entonces se

comían dulces, la salita estallaba de palabras y de risas, y Lolo estaba alegre.

Muchos de sus amiguitos le miraban con pena, y algunos se echaban a llorar, porque nadie había venido a visitarles. Lolo llevaba a su mamá donde sus amiguitos, repartía con ellos los dulces y les enseñaba las cosas que ella le había regalado.

—Esta es mi mamá —decía con orgullo, cogiéndola de la mano— ¿verdad, mamá?

Los niños que no habían tenido visita sonreían apagadamente y movían de un gesto asustado sus cabecitas rapadas. Una vez, la mamá de Lolo rompió a llorar y abrazó a todos los niños, y unos días después envió regalos para todos.

A Lolo aquello no le disgustó gran cosa. En realidad, le gustaba que todos sus amiguitos quisiesen a su mamá, y le alegraba que ella también les amase. Además, Lolo sabía muy bien que su mamá le quería a él más que a todos los niños del mundo.

Al atardecer, cuando se iban las visitas, la sala parecía más desierta y ancha que nunca. Algún niño lloraba, mientras los demás, con angustia de hombrecitos, permanecían silenciosos y se tumbaban sobre el lecho.

Lolo, en cambio, solía salir a la terraza para despedir desde allí a su mamá, y después se quedaba mirando toda aquella gente que volvía a la ciudad. Había mucha, mucha gente. Lolo nunca había visto tanta gente junta.

Y todos iban bajando de prisa, en grupos tristes, volviendo la cabeza y saludando con los pañuelos, mientras muy abajo, como en el fondo de un abismo, comenzaban a encenderse las lucecitas de la ciudad. Todo aquello tenía algo de peregrinación doliente y amorosa, y a Lolo le encantaba quedarse en la terraza, solito, mirando el recodo en el que había perdido de vista a su madre. Al través de los cristales, veía tumbados en la cama a sus compañeros. Pero Lolo sabía que en todas las salas no sucedía lo mismo.

A su lado había un pabellón para mujeres, con amplias terrazas devorando el latigazo de la cumbre. Más allá, como una paloma quieta, como hospital de sangre, un pabellón para hombres.

Lolo había visto muchas veces las terrazas de aquellos pabellones llenas de enfermos que se quedaban mirando a los que habían ido a visitarles. Después, poco a poco, iba anocheciendo y todos se adentreaban en la sala. Lolo no sabía por qué, pero hubiese afirmado que aquellos hombres y aquellas mujeres se ponían muy tristes cuando estaban en la terraza, viendo alejarse el desfile de las visitas.

La última en retirarse de la terraza era siempre una mujer. Un

hombre joven, que casi siempre salía el último, se le quedaba mirando largo tiempo desde fuera. Después hacía un angustioso gesto de mano y caminaba con precipitación, con miedo de dejarse vencer y volver la cabeza, mientras la mujer permanecía inmóvil en la terraza durante mucho tiempo.

Lolo no sabía quién era aquella mujer, pero cada día se sentía más compenetrado con ella, y todas las tardes se asomó a la terraza para mirarla desde lejos. Algunas veces ella no aparecía en la terraza, y Lolo se entristecía mucho y rompía a llorar. Pensó que tal vez ella sufriese mucho y llorase como sus amiguitos. «Cuando venga mamá —se dijo— le pediré que vaya a verla».

Pero cuando vino su mamá no se acordó de decírselo, y más tarde, cuando la gente bajaba a la ciudad, Lolo se asomó a la terraza y se quedó mirando al pabellón de las mujeres.

Lolo no lo comprendía. No es que él se creyese muy listo, pero tenía la intuición de que no era tonto. Además, tenía ya ocho años y sabía pensar por su cuenta. ¿Por qué no estaba allí aquel joven que siempre se le quedaba mirando? ¿Por qué ella no estaba en la terraza...?

Apenas probó bocado durante la cena, y después se quedó en la terraza, esperando en vano a que ella apareciese.

Cuando la enfermera fué a apagar las luces, encontró a Lolo, temblando de miedo y de fiebre, pensativamente acurrucadito, llorando en silencio.

## II

La fiebre se le pasó en seguida. Después de estar tres días en cama, el doctor le dió de alta. ¡Era un hombre muy amable, aquel doctor! Lolo se sentía satisfecho cuando le metía un tubito en la boca. De un modo confuso, pensó que sólo a un hombre importante se le metía un tubo en la boca. ¿A que no se lo metían a los «peques»? El doctor le cogía las manos, le hacía reír y le acariciaba la cabeza. Un día, incluso le había traído un caramelo de menta. Era un hombre pequeño, casi tan pequeño y cariñoso como su mamá, de cara gruesa y con unos ojillos muy adentrados en la carne. Con su bata blanca y su maletín, parecía un diablo, pero cuando se estaba con él era diferente. Además, cuando iba sin maletín parecía otra cosa.

—Oye, ¿tú tienes niños? —le preguntó un día Lolo.

El doctor tenía uno. Se lo dijo sonriendo, sentándose en la cama de Lolo y haciéndole sacar la lengua. La tenía un poco blanca

todavía. Aún estaba aquel diablo un poco malucho, pero curaría en seguida.

—Es como tú, ¿sabes?, pero un poco más mayorcito.

—¿Está aquí?

—No, pequeño. —A Lolo le extrañó aquel cambio de voz en el doctor—. No está aquí...

Lolo le dió un rato vueltas a la cabeza. El mundo era algo incomprendible.

—¿Dónde está, entonces?

—En casa, con su mamá.

Aquello era demasiado. Lolo adoptó una postura seria y miró al doctor con sus ojos grandotes muy abiertos.

—¿Y por qué estoy yo aquí?...

El doctor no lo sabía. Sonrió tristemente y le dijo que al día siguiente ya podría levantarse. Lolo se sintió decepcionado. Aquel doctor, por lo visto, era menos importante de lo que él se había figurado...

Por la tarde le trajeron a Lolo un juguete. Era una cajita de madera. Se golpeaba un poco, se alzaba una tapa, y ¡pum, pum! salía un muñeco tocando la mandolina. También le trajeron unos caramelos, pero Lolo no tenía ganas de nada y lo dió todo a sus compañeros. Después se arrepintió, pero se contentó al pensar que obraba ya como una persona mayor. El era ya un hombrecito. Sabía muchas cosas y hablaba con el doctor. La enfermera le decía al doctor de «usted», y él, en cambio, le trataba de tú. Daba gusto estar entre hombres...

Pero, ¿por qué estaba él allí? Era algo que no comprendía. ¡Aquella no era su casa! ¿Y por qué mamá lloraba siempre y «ella» no salía ya a la terraza? Y el muchacho aquél, ¿por qué no venía ya al sanatorio? Pero, él, Lolo, ¿qué hacía allí? ¿Es que el doctor se había enfadado al no decirselo?... Porque él no le había preguntado nada malo, ¿verdad?...

Repitió la pregunta a la enfermera. Pero ella tampoco sabía nada. Al día siguiente, por la noche, Lolo recibió una noticia inesperada.

—¿Sabes? Ha muerto una mujer —le dijo el niño que dormía a su lado—. No se lo digas a los peques...

Lolo le agradeció la confidencia. Le agradaba que su amigo le tratase como a un igual. Porque su amiguito era ya todo un hombre. Tenía la cara apagada, cetrina, las orejas delgadas, planas, grandes, los brazos temblones y esqueléticos. Lolo —no recordaba por qué— le había llamado «Ratón», y desde entonces todos en la sala le llamaban así. En cuanto a «esos peques», Lolo estaba

de acuerdo. Era mejor no decirles nada. ¿Qué sabían aquellos recién nacidos lo que era la vida?...

Recordó a la mujer de la terraza y le vino un mundo de preguntas a la boca. Se repantingó en la cama, bajando le voz al hablar.

—Oye, «Ratón», ¿por qué lloras cuando te besa mi mamá?

Oyó un suspiro ahogado. «Ratón» se tapaba el rostro con las sábanas.

—No tengo mamá.

Lolo se quedó un rato pensativo.

—Oye —susurró quedamente— ¿quieres que mi mamá sea también tu mamá?

Se quedó escuchando. En el pasillo sonaban unos pasos silenciosos. Alguien abría el grifo de la fuente. ¡Qué frío tenía que hacer fuera, en el monte!... Pero el amiguito de Lolo parecía dormido ¿O es que creía que Lolo le había hecho aquella pregunta en broma?...

Lolo sonrió alegremente. Extendió las manos para tocar a «Ratón».

—Pues ya está hecho... Lo quieres ¿verdad?... Tienes mamá —dijo sintiéndose ahogado de felicidad. «Ratón» seguía sin hablar. —Oye... «Ratón»... ¿Estás dormido?... ¿No quieres tener mamá?

Oyó un ruidito estrangulado y vió que «Ratón» se pasaba las manos por los ojos y apelotonaba después el dobladillo de la sábana para meterlo en la boca.

—Sí que quiero, Lolo —dijo al cabo de un rato—; pero no puede ser...

—¿Está lejos tu mamá?

—Sí, Lolo, está muy lejos. —«Ratón» estalló en sollozos—. Está muerta.

—¿Ha ido al cielo?

Pausa. Alguien tosió desde una de las camas de enfrente. Lolo se arrugó en la cama, achicándose, sintiendo súbitamente un sudor frío que le helaba...

—Oye, «Ratón»...

—¿Qué?...

Hablaban muy quedo, con las manos juntas.

—¿Qué vas a hacer cuando salgas de aquí?

—Iré donde está mi mamá.

Lolo se sintió un poco desconcertado. «Pero... —se preguntó—, ¿no está su mamá en el cielo?...». Al través de los cristales vió la terraza sumida en la negrura. «Ratón» le sujetó las sábanas, metiéndoselas bajo el colchón.

—Así, Lolo, no te destapes... Te vas a enfriar.

—No, no... «Ratón» —veía a su amiguito con los ojos húmedos, mirando al techo—, ¿por qué estoy aquí?

—¿No te lo han dicho?

—No.

—Estás malo.

—¿Qué tengo?

—Estás tuberculoso.

—Tuber... —la palabra se le tropezaba a Lolo en la lengua—.  
¿Y tú?

—Yo también. Todos los que estamos aquí...

Aquella era una gran noticia. Daba gusto hablar con «Ratón». Siempre lo sabía todo. Lolo permaneció un largo rato pensativo.

—Oye...

Todo silencio. Brillaba una lucecita en el comedor, al otro lado de la sala. «El novato» —un niño escuchimizado y llorón que llevaba dos días con ellos— tosió rabiosamente.

—Oye, «Ratón»...

—¿Qué?

—¿Es malo éso?

—¿El qué?... ¿Eso de estar tuberculoso?

—Sí, éso... ¿Es malo?...

—Pues...

Lolo escuchó, con el oído alerta. Sabía de dónde procedían aquellos sonidos estrangulados, como llanto de insomnio. El «grandote» de la sala lloraba casi todas las noches.

—¿Es malo?... Oye, «Ratón»... ¿Estás dormido?... —vió a su amiguito despierto, inmóvil—. ¿Es malo?...

—Duérmete, Lolo... Eres un crío...

Lolo se quedó aterrado. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No llores, Lolo —rezó la voz débil de «Ratón»—. Me vas a hacer llorar a mí también... Somos amigos, ¿verdad? Tu mamá es también mi mamá... No llores. Vas a despertarlos a todos...

—Sí... Pero... —tartamudeó Lolo—, ¿de verdad crees que soy un crío? ¿Lo has dicho en serio?...

—No, Lolo... Era una broma.

—¡Ah!, —suspiró alegremente Lolo.

Y lo olvidó todo. Acurrucadito, secándose las lágrimas con las manos, se fué quedando dormido lentamente, pensando que él era ya un hombrecito... En cuanto a los demás niños de la sala... ¡Bah!... ¿Qué sabían aquellos «peques» lo que era la vida?...